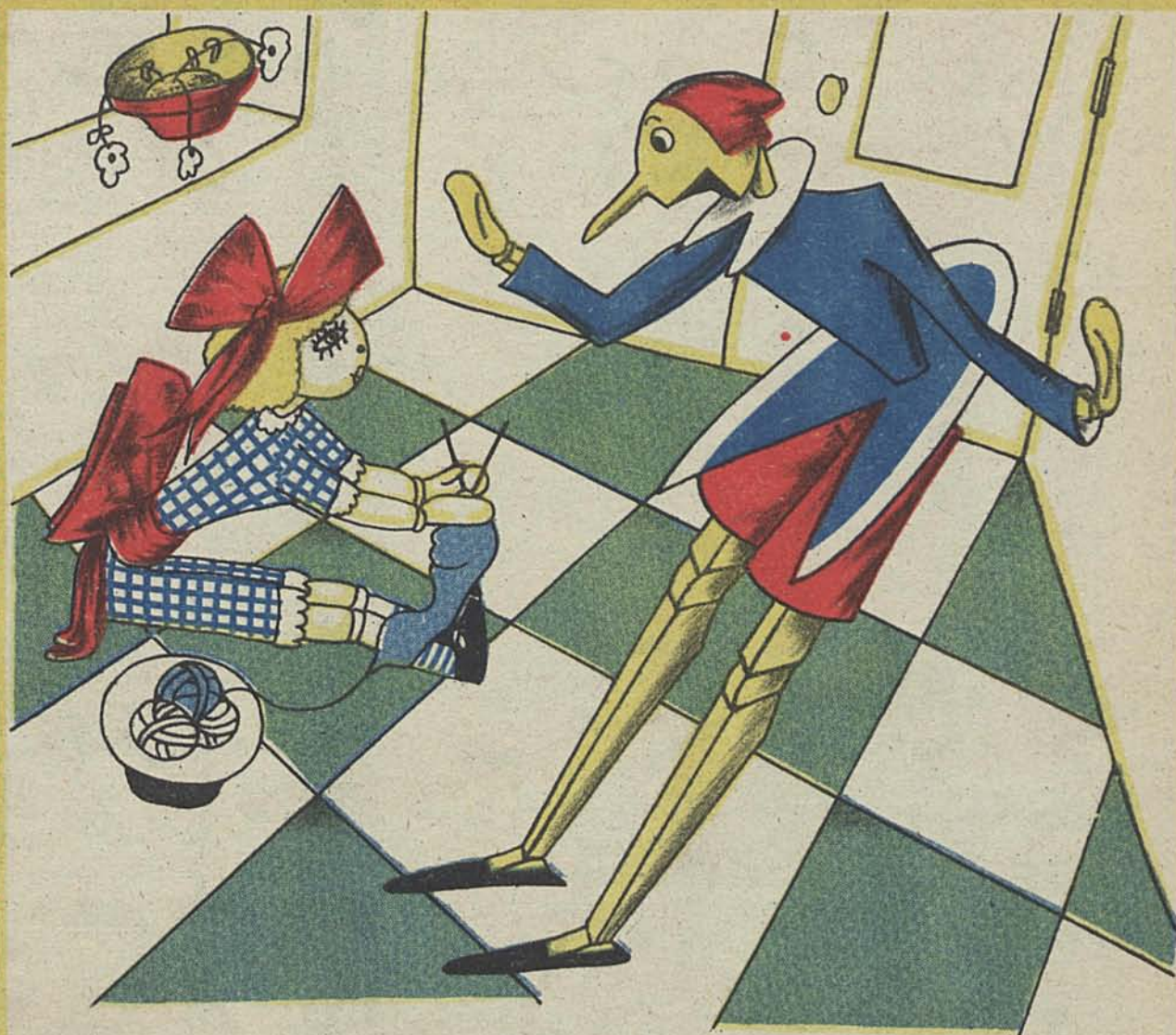


# PINOCHO

AÑO VII  
NUM. 320

25 cts

5 ABRIL  
1931



- ¡PIRULA; ESO NO ES TRABAJAR!
- ¿COMO QUE NO?
- ¡PORQUE ESO ES TRABAJAR A MEDIAS!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

Por  
E. Salgar



(Continuación)

Far-West trataba de sorprender a los *arrapahoes*? No hubiera teni-

do nada de extraño, porque el Gobierno americano no podía permanecer mucho tiempo indiferente, en vista de las crueles carnicerías que en la pradera hacían los indios.

Iba ya a salir todo azorado *Nube Roja*, cuando se alzó la cortina de la tienda, en la cual entró *Mano Izquierda*, diciendo:

—¿Sabe mi hermano quién se ha presentado en nuestro campamento?

—¿Los rostros pálidos?

—Jalta, a la cabeza de más de doscientos guerreros *sioux*.

—¡Mi mujer!

—¿Será verdaderamente la mujer de mi huésped?—dijo el *sakem* de los *arrapahoes* con algo de ironía.

—Que mi hermano la conduzca aquí—dijo *Nube Roja*—, y se dispararán sus dudas.

—Mejor es que me siga mi hermano. Ahora están mis guerreros festejando a sus amigos de la montaña.

*Nube Roja* hizo un gesto de contrariedad, y dijo:

—¡Vamos a saludar a mi mujer!

Los cincuenta guerreros *arrapahoes*, despertados con sobresalto a los disparos de los que llegaban, se habían puesto en seguida a la defensiva; pero bien pronto supieron que se trataba de amigos a cuyo frente iba Jalta, la popularísima e intrépida amazona de los *sioux*.

En un momento, los *arrapahoes* se colocaron en dos largas filas, provistos muchos de ellos

de mechas de *aeote*, para recibir con los debidos honores a sus aliados de la montaña y a su reina.

*Nube Roja* se colocó junto a la tienda, a la extremidad de la iluminada vía que formaban los guerreros con sus humeantes antorchas.

Conociase que el jefe de los *corvis* no se mostraba muy contento ni muy presuroso para recibir a su mujer.

Jalta avanzaba guiando a sus guerreros y montando un soberbio caballo completamente blanco, muy parecido a aquel otro que el coronel capturó en la pradera. Llevaba paramentos a la mejicana, con alta silla sobre gualdrapa bordada en plata con largos flecos del mismo metal.

Aquella amazona, que cabalgaba como un hombre, era una mujer de treinta a treinta y seis años, de piel ligeramente bronceada con cierto tinte rojizo, y ojos grandes, profundos, negrísimo, animados de fuego intenso. Sus cabellos largos y no ensortijados, como los tienen la mayor parte de sus compatriotas, le caían en negras y lustrosas ondas por la espalda.

Aunque es muy frecuente encontrar tipos bellísimos entre las mujeres indias, Jalta podía competir con todas ellas, no sólo por la admirable proporción de sus líneas, sino por lo soberbio del conjunto. Había, sin embargo, en su semblante algo duro, bravío, imperioso, propio más bien de un guerrero que de una mujer.

Del traje nacional sólo había conservado la diadema de oro adornada con brillantes, plumas y el rico manto de pelo de carnero salvaje. Las demás prendas que llevaba eran todas mejicanas.

Una finísima camisa de seda blanca, y sobre ella una especie de corpiño rosa, también de seda, con recamos de plata, dejaban ver su garganta, que tenía los cobrizos y melados



matices del carey. Llevaba calzones largos de veludillo azul oscuro abiertos a los lados, y sus *mocassines* o botas ostentaban algún que otro adorno de cabellos humanos.

Como todos sus guerreros, iba armada de rifle, de cuchillo y de *tomahawk*, que llevaba en la silla.

La terrible mujer que con su extraordinario valor había destronado a todos los *sakems* de su tribu, colocándolos en segunda fila, avanzaba haciendo caracolear a su caballo y respondiendo a los entusiásticos ¡Ahúl! de los *arrapahoes* con majestuosos movimientos de la mano.

*Mano Izquierda* salió a su encuentro, saludándola en nombre de toda la tribu, y después de cambiar con ella pocas palabras la guió hasta la tienda, mientras sus guerreros fraternizaban con los *sioux*, dando gritos que llegaban al cielo.

Como hemos dicho, *Nube Roja* no se había movido.

Además, como jefe y marido que era, no estimó conveniente usar cortesías con su mujer, especialmente en presencia de los otros: su fama de guerrero hubiera padecido con ello.

Esperó a que Jalta desmontase y fuera cumplimentada por *Mano Izquierda*; en seguida entró en la tienda que se le había destinado, y se sentó junto al fuego, encendiendo el *calumet*.

Jalta entró después sin hablar palabra, y se quedó de pie ante él, sujetando con el brazo izquierdo su magnífico manto, en cuya confección y bordado debieron de emplearse lo menos dos años.

*Nube Roja* continuaba fumando y entretenido en ver las ondulaciones del humo, sin darse prisa a decir palabra.

Jalta esperó algunos minutos, manifestando su cólera en el relampaguear de sus ojos, que parecían encendidos carbones. Después, y como haciendo un supremo esfuerzo para contenerse, preguntó:

—¿Dónde están?

*Nube Roja* dejó escapar con toda calma una

nueva nube de humo, y a su vez preguntó con flemma:

—¿Quiénes?

—Los hijos del rostro pálido.

—¿De tu primer marido?

—Te encargué que buscaras a *Mano Izquierda* para apoderarte de ellos, y que velaras por el *Pájaro de la Noche* y por Minnehaha. Sé que mi hijo no pudo atravesar la garganta del *Funeral* y que fué fusilado por los voluntarios del coronel; pero también sé que tú, más hábil o más afortunado, lograste llegar a la pradera.

—Es verdad—dijo *Nube Roja*—. Los *corvis* suelen ser en ocasiones más hábiles o afortunados que los *sioux*.

—¿Y dónde están los hijos del coronel?

—¡Ah...! ¡Mi *squaw* (mujer) tiene mucha prisal—respondió el indio fumando en su *calumet*.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Jalta, arrugando la frente.

—Que para esa empresa se necesita tiempo.

—¿Quién?

—Lo mismo los *corvis* que los *sioux* o los *arrapahoes*.

—¿Estarán todavía libres los hijos del coronel?—preguntó Jalta ferozmente.

—Todavía no los he visto.

—Pero ¿qué has hecho desde el día que saliste de nuestro campamento en el Laramie con el *Pájaro de la Noche* y Minnehaha?

—Galopar entre huracanes, perseguido de cerca y amenazado de morir. ¿Cuándo crees que he llegado aquí? Esta misma noche, después de reventar mi caballo.

—¿Y la hacienda sigue en pie?

—Eso creo—respondió *Nube Roja*, fumando y sin perder la calma.

—¿Y qué ha hecho *Mano Izquierda*?

—¡Por el gran Manitu! ¡Cortar cabelleras, y esperar a sus aliados para marchar á los lugares por donde nace el soll

—¿Nada más?

—Yo creo que los terribles *sioux* de mi *squaw* no hubieran hecho más.

(Continuará en el próximo número).



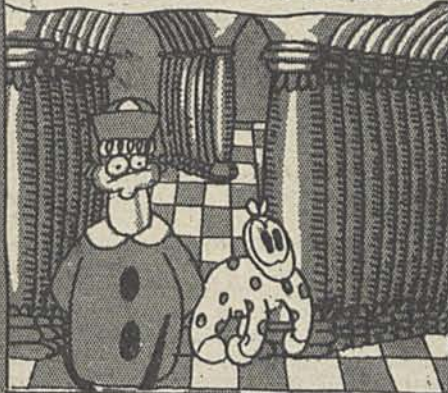


# CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



CONTINUACION

REPUESTOS CHUFITA Y PERICUELO DEL ASOMBRO QUE LES PRODUJO AQUEL PALACIO SUBTERRANEO COMENZARON A RECORRER SUS SALONES



¡QUÉ MAGNIFICENCIA! ¡QUÉ GRANDEZA POR TODAS PARTES! AQUELLO ERA TAN SORPRENDENTE COMO INESPERADO



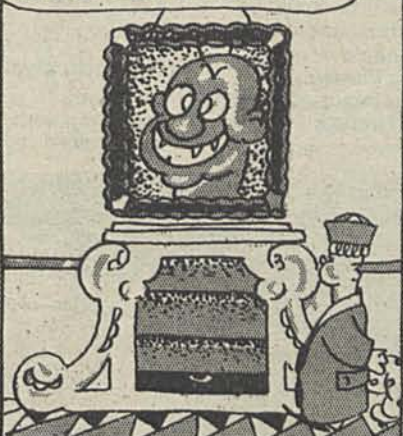
NO HABÍAN SALIDO DE UNA LARGUÍSIMA GALERÍA, CUANDO ENTRABAN EN OTRA INTERMINABLE CON SUS FILAS DE COLUMNAS A LOS LADOS, COMO EJÉRCITOS DE SOLDADOS



AL LLEGAR A LAS PUERTAS DE UN AMPLÍSIMO SALÓN VIÓ PERICUELO EN LA PARED UN BOTÓN. LO OPRIMIÓ Y.....



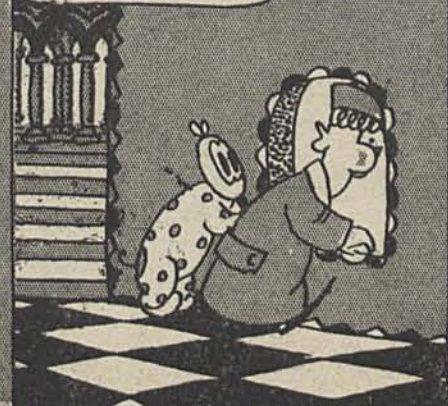
.. ¡OH, SORPRESA! ABRIÉRONSE LAS PUERTAS, APARECIÓ OTRO SALÓN Y EN ÉL (ESTA FUE LA SORPRESA) UN RETRATO DE CUCALÓN



AQUELLA APARICIÓN LES HIZO PERDER LA TRANQUILIDAD TAN AGUSTO QUE SE ENCONTRABAN EN AQUEL PALACIO Y AHORA RESULTA QUE CUCALÓN NO ERA AJENO A ÉL!



ERA NECESARIO HUIR, PERO CUANDO CREÍAN PODER ESCAPAR POR UNA VENTANA VIERON ¡OTRA SORPRESA! ¡OTRA TAN DESAGRADABLE COMO LA PRIMERA!



AL PIÉ DE LA VENTANA ESTABA LA BRUJA ESTROPAJO HACIENDO CALCETA

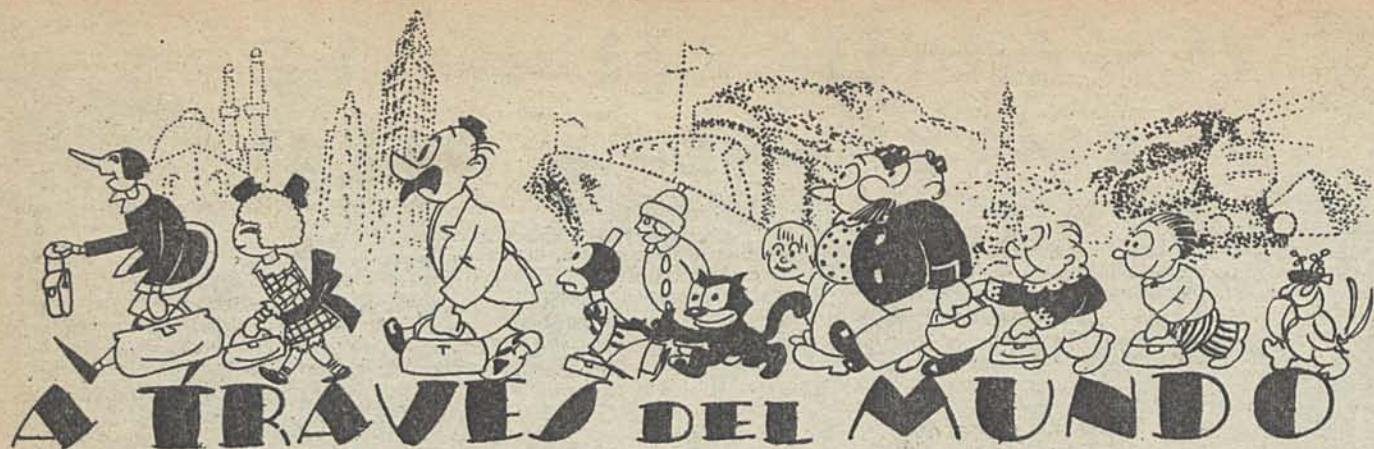


Y POR SI ESTO ERA POCO ESTABA DETRÁS DE ELLOS EL DRAGÓN TRABAMOSCAS, EL AUTÉNTICO, SIN FALSIFICACIONES



CONTINUARÁ





## A TRAVÉS DEL MUNDO

### LA MISTERIOSA ISLA DE BALI

Sobre la terraza de la barquilla del aerobús reina un júbilo indescriptible. Aparece toda engalanada con banderolas, gallardetes y farolillos de papel de los más vivos colores. Hay baile animado y música de acordeón. Los viajeros visten de rigurosa etiqueta y ¡oh sorpresa! hasta a Tin y a Ton se les ha concedido libertad sacándolos de la jaula donde estaban encerrados.

¿Qué día es hoy para que esto ocurra a bordo del aerobús? ¿Es que ha caído el gordo de la lotería a los viajeros?

Nada de eso, queridos pinochistas. Se celebra nada menos que el veinticinco aniversario del nacimiento de don Turulato.

Pero hagamos constar para evitarnos responsabilidades que la partida de nacimiento de don Turu fué extendida hace cincuenta y dos años y que don Turu tiene la costumbre (cuando le conviene) de leer los números al revés, o sea de derecha a izquierda, de donde resulta que 52 leído en esa forma es 25.

Pero, en fin, es el caso que a bordo hay gran jolgorio y que la aeronave cabecea por los aires como si hubiese bebido también unas botellas de champán.

—Bueno, señores, exclamó el buho agitando una campanilla. No todo ha de ser comer, beber, fumar y bailar en este día. Es preciso dedicar también un ratito a nuestra acostumbrada charla.

—Tiene razón el señor buho—contestó Corretón sentándose sobre el acordeón—me duelen ya los dedos de tanto tocar.

Hizose el silencio y el sabio buho señalando al fondo les dijo: —¿Veis aquella isla que semeja una canastilla de flores y verdura colocada sobre la superficie de las aguas?

—¡Siii!—respondieron todos a una.

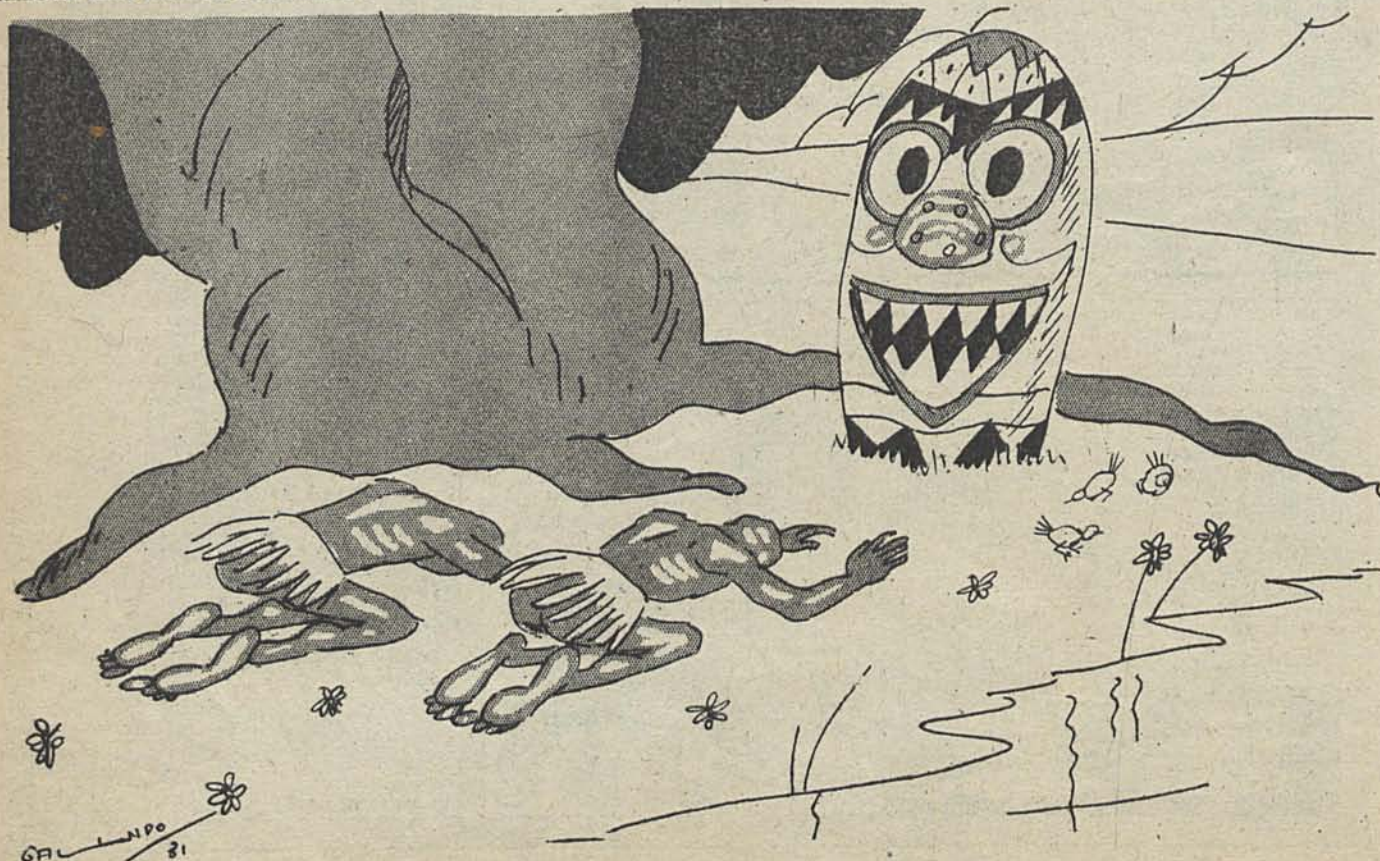
—Pues es esa, la isla de Bali, la más encantadora de las islas desprendidas del continente asiático.

Esa lengua de tierra que parece querer atraparla para que no se escape es Java.

—De ahí es la pantera más célebre por su fiera ¿no es eso?—preguntó Chonón.

—Exactamente—respondió el buho. —Y de ahí deben de ser, entonces, Tin y Ton—arguyó el Inspector peinándose las lenguas hebras de sus barbas.

—Toda la parte central de esta isla—siguió el buho—la ocupa una cadena de montañas cubiertas por una vegetación exuberante: palmeras, eucaliptos, sauces, acacias y otras mil







clases de árboles, algunos tan corpulentos que llegan a alcanzar hasta 15 metros de altura formando selvas vírgenes apenas exploradas.

Entre estos espesos bosques campan a sus anchas las bestias más feroces: el tigre, la pantera, el gato salvaje, el jabalí, el chacal y otra porción de temibles carnívoros. Los árboles están poblados de monos de muchas especies, y los ríos, de cocodrilos, gaviales, tortugas y otros anfibios.

Los valles, que son de una belleza incomparable aparecen cubiertos de platanales, cocoteros, bambúes y toda clase de plantaciones propias de la flora tropical.

En cuanto a sus habitantes, he de deciros que forman un conglomerado en el que se mezclan razas variadas: malayos, melanésicos, indios, hindús, árabes, chinos.

Constituye esta isla un verdadero museo de razas, de tipos, de religiones y de costumbres. Hay entre ellos salvajes que profesan el paganismo y rinden culto a idolillos y fetiches; otros son mahometanos y otros creen en un dios que dicen sacó la isla de Bali del fondo del océano y la colocó sobre las aguas. Estos últimos se consideran como superiores a los demás habitantes de la isla a los que miran por encima del hombro.

La charla fué interrumpida al llegar a este punto por una formidable explosión que lanzó por los aires hecha astillas la hélice del globo. Ya podeis figuraros, queridos lectores, que se trataba de una fechoría más de Tin y Ton.

¿A quién se le ocurre dejar sueltas a estas dos fieras?

Ello fué que la Tormenta y el Ciclón colocaron bajo la hélice una lata cargada con dinamita, la hicieron explotar y la hélice quedó convertida en confeti. Detuvo su marcha el dirigible, se reparó la avería, poniendo una hélice nueva y se dedicó todo el mundo a la busca de Tin y Ton para saciar los deseos de castigo.

—¡Que los vuelen a ellos con dinamita!—rugía Corretón furioso dando vueltas como un loco. Pero Tin y Ton no aparecían por ninguna parte. Buscaron y rebuscaron pero ¡que si quierens! Al fin lo tuvieron que dejar por imposible.

¿Dónde estaban? (Vosotros que estais fuera del globo podeis ver donde están escondidos; pero guardad el secreto porque si los descubren los trituran).

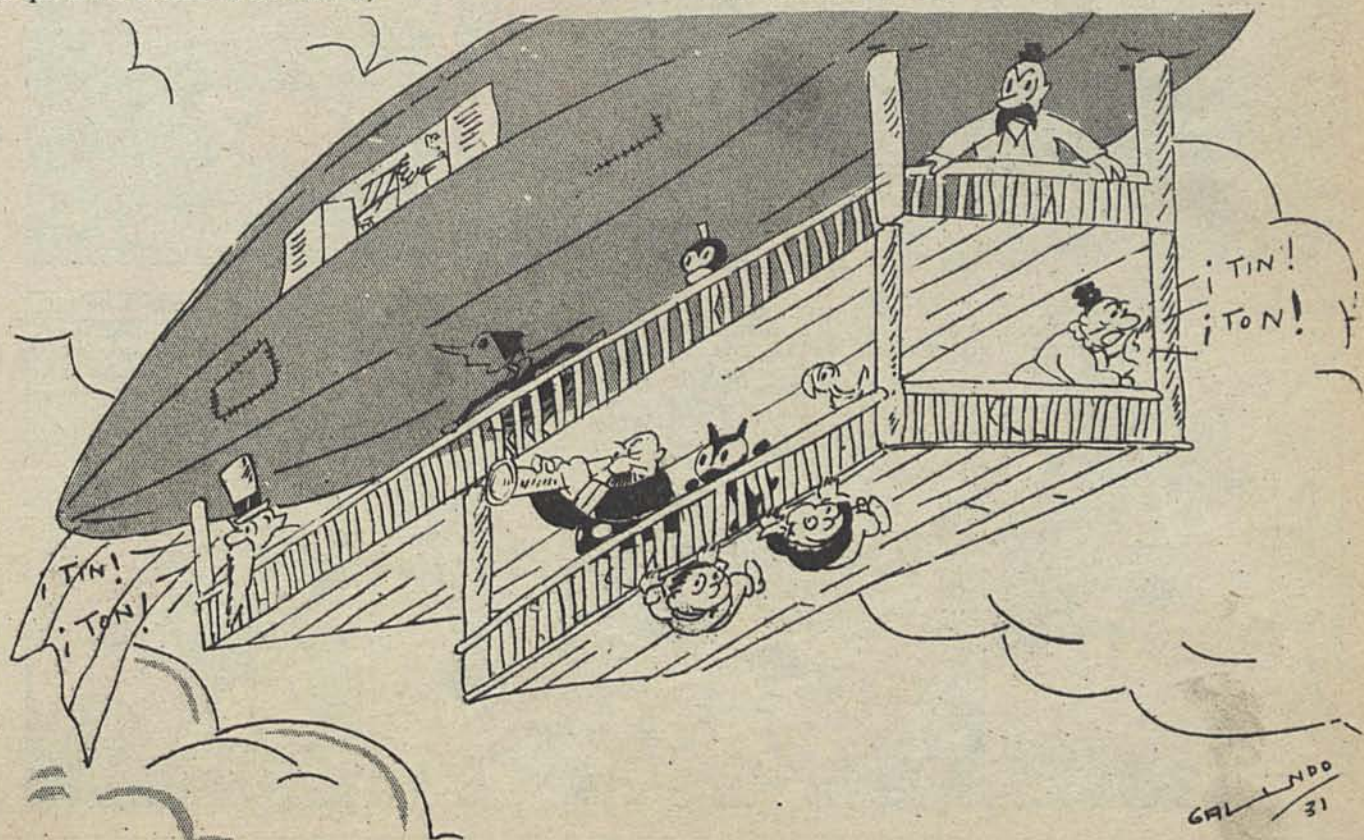
Vueltas las cosas a la normalidad reanudó el buho su charla.

—En esta isla—dijo—como en la India persiste el régimen de castas sociales, con todas sus rigurosas prohibiciones y con todos los crueles castigos de que hacen víctimas a los infractores. Recuerdo que en cierta ocasión una jovencita que había escogido para esposo a un muchacho de casta inferior a la suya fué metida en un saco y arrojada al mar. A él le cupo la misma adversa suerte. Las viudas deben también sucumbir en cuanto muere el esposo y no les queda otro remedio que dejar quemarse vivas en la misma hoguera donde se incineran los restos del marido muerto. Nada ni nadie ha podido suprimir esta bárbara e inhumana costumbre que únicamente se dulcifica en algunos casos consintiendo a la pobre viuda que se envenene en vez de perecer abrasada.

En esta isla existen también teatros donde se representan misterios y piezas religiosas, semi-históricas donde se exhiben escenas de tradición. Todas estas representaciones cuentan con danzas muy vistosas que tienen un carácter simbólico marcadamente sagrado. Las danzantes son todas jovencitas de diez a trece años y escogidas entre las más bellas de la isla. Para las danzas usan unos ricos trajes y tocan su cabeza con una mitra semejante a la mitra episcopal. Por las calles se ven con frecuencia grupos de gente rodeando a un narrador de fantásticas aventuras. Algunos de estos cuentos son tan bellos como los de las mil y una noches. También constituye para los pobladores de Bali un excelente espectáculo las danzas guerreras, que practican con lanzas y al son de atabales y tambores. En este punto la charla se oyó gritar al inspector:

—¡Ahí están esos bandidos! ¡Miradlos! ¡Amarradlos y tiradlos al mar! En efecto, el inspector de las lenguas barbas había descubierto el escondite de Tin y Ton. Todos los pasajeros acudieron al lugar que señalaba el inspector, echaron una red y subieron a cubierta a las dos fieras.

¿Los tirarán al agua? No se sabe. En este instante se celebraba gran consejo pinochista para decidir la suerte de la Tormenta y el Ciclón. Pero dada la calidad de las personas que hacen de jueces cabe esperar que todo quede reducido a una gran paliza. La familia pinochista es muy buena gente; tal vez demasiado buena.







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿YA ESTÁ USTED ESCRIBIENDO VERSOS?

¿VERSOS, YO? ¿TU NO SABES QUE DES-  
DE QUE ME DIÓ ESQUINAZO MI NOVIA  
HA ACABADO PARA MI LA POESIA?

¡POBRE DON TURU!  
¡LE ACOMPAÑO EN EL  
SENTIMIENTO!



PERO ¡AH! NO ME CAUSA PAVOR ESA  
MUECA DE BURLA QUE ME HA HECHO EL  
DESTINO ¡JA, JA! VIVIREMOS FELICES  
Y COMEREMOS MUCHAS PERDICES

¡AY MI ABUELA! ¡ESTÁ  
PARA LLEVARLO  
A LEGANÉS!



Y AHORA MISMO NOS VAMOS AL CAMPO  
A COMER NOS TODAS LAS PERDICES QUE  
VEAMOS ¡HAY QUE MATAR LAS PENAS  
CURRINCHE!

DIGA USTED QUE  
SI ¡ABAJO  
LAS PENAS!



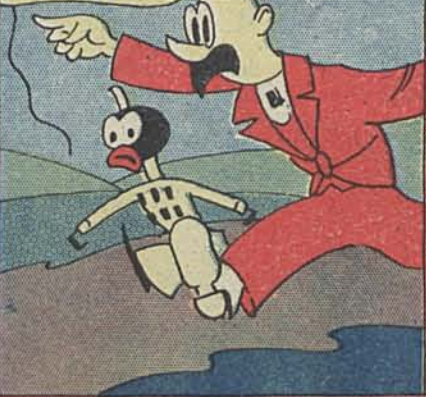
ESCONDAMONOS AQUÍ Y RESPIRA EN SILEN-  
CIO. VERAS QUE PRONTO VIENEN LAS PER-  
DICES

UN SERVIDOR VA A ESTAR  
MÁS MUDO QUE UNA  
TUMBA AFÓNICA



¡ALLÍ HAY UNA EN AQUEL ÁRBOL! ¡YA-  
MOS CORRIENDO A POR ELLA!

¡YA LA VEO! ¡FÍJESE  
QUE MUSLOS MÁS  
GORDITOS TIENE!



DISIMULA, CURRINCHE, QUE NO NOS VEA

AUNQUE ME VEA NO ME CONO-  
CERÁ PORQUE ME TAPARÉ LA  
CARA



OYE, MORENO. VOY A RECITARLE  
UNOS VERSITOS A VER SI BAJA



¡AH! ¡PERDIZ, PERDIZ!  
¿NO VES QUE INFELIZ  
TENGO LA NARIZ?

LO QUE TIENE USTED  
ES UN ALMA DE POETA  
QUE NO LE CABE EN  
EL CHAQUÉ



Y SI BAJAS, PERDICITA,  
TE COMPRARÉ UNA COSITA



¡ATIZA! ¡SI ES-  
TA PONIENDO  
HUEVOS!

¡MI ABUELA! ¡COMO LE HA PUES-  
TO LA CARA!

¡ESO ES PARA QUE VAYAS  
CON POESIAS A LAS PER-  
DICES!







# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

## LOS ENANOS DE LA HERRERIA

Castillo



Un labrador viudo tenía una hija, llamada Margarita, que le amaba tiernamente, y siempre estaba al cuidado de la casa.

Cierta día en que, al levantarse, echó de menos cerillas para encender el fuego de la cocina, marchó a la calle, y viendo que en la herrería próxima había lumbre, se acercó a pedir algunas brasas.

Con muy malos modos le dijeron que llenara el cordero en la fragua.

Así lo hizo la muchacha; pero al llegar a su casa observó que se le habían apagado.

Volvió a ir a la herrería, y con gran sorpresa suya vió que no había nadie en ella, que la fragua estaba apagada y fría, como si hiciera mucho tiempo que nadie en ella hubiese trabajado.

Al regresar a su casa y fijarse en los tizones, observó, llena de asombro, que eran riquísimos lingotes de oro.

Llamó a su padre y le mostró aquella riqueza, y el hombre, que era muy juicioso, la dijo:

—Esa herrería donde has cogido las brasas está deshabitada hace más de cien años, y sobre ella hay algo misterioso que nadie se ha atrevido a descifrar. Bendigamos al Cielo, que es, sin duda, el que nos ha deparado este beneficio; no vuelvas a la fragua por si acaso te sucede una desgracia.

Para no llamar la atención vendiendo los lingotes enteros, pidió el labrador a un amigo suyo cerrajero un cortafrios y un martillo, y con ambas herramientas convirtió en pequeños trozos aquellas barras de oro.

—¿Para qué me habrá pedido el cortafrios?—se preguntaba el cerrajero, que era un hombre muy curioso—. Pues yo lo he de averiguar.

En efecto; cuando el labrador le devolvió las herramientas vió que estaba dorado el filo del cortafrios, y ensayando en una piedra de toque aquella dorada sustancia, encontró que era oro finísimo.

—¿Dónde habrá encontrado ese oro el tío Crisóstomo?—se preguntaba el cerrajero—. ¿Si lo habrá encontrado en el corral de su casa?

Por último, no pudiendo resistir la curiosidad, se fué a casa del labrador una noche, y le dijo:

—O usted me revela el sitio donde ha encontrado el oro que ha dividido con mi cortafrios, o pregonar por el pueblo que se ha encontrado usted un tesoro que no sabe de quién es, y así todos reclamarán.

El labrador le refirió lo ocurrido, y entonces el cerrajero se propuso no descansar hasta que hallase el tesoro de la fragua.

De noche, y acompañado de un operario fiel, penetró en la fragua y comenzó a excavar en todas direcciones.

Su tarea resultaba infructuosa, pues lo que él excavaba de noche, manos invisibles lo deshacían cuando él no estaba; por cuya razón, Juanillo, que así se llamaba el cerrajero, decidió quedarse día y noche

vigilando sus trabajos.

Una noche, a las doce, sintió ruido, y deseoso de averiguar la causa, se escondió en sitio desde el cual pudiera ver sin ser visto. Se abrió la tierra dejando ver una pequeña puertecilla, de la cual partía una luz muy viva, y por ella salieron una porción de enanos lujosamente vestidos, que empezaron a saltar por todas partes, encaramándose en el yunque, moviendo el fuelle de la fragua y manejando los martillos.

Con la nariz encendió uno de ellos el hogar, y las brasas despedían preciosas chispas de todos colores; sacaron luego de la fragua un lingote de oro, y con unos martillos comenzaron a golpear la barra sobre







el yunque hasta que la convirtieron en preciosas sortijas, hermosos alfileres, sillitas de juguete y otra porción de cosas a cual más lindas.

Hecho esto se volvieron por donde habían salido, diciendo:

—Nos hace falta un aprendiz: si viene solo le recibiremos, y si no, le mataremos.

Juanillo cogió al día siguiente a su hijo, y colocándole cerca de la fragua con un jarro lleno de leche y miel para que obsequiara a los enanillos, se retiró al sitio más escondido de la herrería.

Salieron los enanos como en la noche anterior, y encontrando al muchacho junto al jarro, se bebieron inmediatamente la leche, y al chico le prodigaron mil agasajos.

Hicieron lo mismo que la noche anterior, y después un enanillo sopló en los ojos al muchacho, éste quedó dormido, y entonces los enanos le cogieron y lo entraron en sus escondidas habitaciones.

Cuando bajó Juanillo se encontró sin su hijo, y entonces se arrepintió de su ambición. Le llamaba a voces por todas partes; pero en vano; nadie respondía a sus gritos.

Al día siguiente refirió su desgracia al fiel compañero de sus trabajos, y éste le dijo:

—Haz lo mismo con tu hija, y tal vez recuperes a tu hijo Ramoncito.

Así lo hizo el cerrajero, y a la noche siguiente volvió a llenar de leche y miel el jarro, y puso al lado a su hija Merceditas, que se quedó bien pronto dormida.



Cuando salieron los enanos dijeron:

—¡Ay, qué niña tan linda! ¡Llévemola a nuestro palacio, y allí será nuestra Princesa!

Y levantándola en alto, sin despertarla, se la llevaron como a su hermano.

La desesperación del cerrajero no reconoció límites, y entonces cayó en la cuenta de que todo aquello le ocurría como castigo a

su desmedida ambición.

Aquel día no probó bocado, y cuando llegó la hora de la media noche, al salir los enanos se prosternó delante de ellos, pidiéndoles con lágrimas en los ojos que le devolvieran sus hijos.

Los hombrecillos le contestaron que puesto que él los había traído, era señal de que quería perderlos para siempre, y no había compasión para él.

En vano lloró, suplicó, rogó; los enanos se mantuvieron inflexibles, y aún se burlaron de él ofreciéndole dinero a cambio de sus hijos.

Aburrido ya Juanillo se levantó de pronto, y cogiendo por el cuello a dos enanos, entró con ellos a gatas por la puertecilla misteriosa.

Apenas hubo franqueado el umbral se encontró en un magnífico palacio subterráneo espléndidamente adornado, y en cuya habitación central se encontraban sus hijos durmiendo en unas cunas de oro.

Al verlos, quiso lanzarse a ellos; pero en esto llegaron los demás enanos, y comenzaron a golpearle con unas barritas de plata.

Entonces Juanillo comenzó a repartir puntapiés, y poniendo como escudo a los dos enanillos que tenía cogidos por el pescuezo, se quedó pronto libre de la acometida.

—No quiero nada vuestro—exclamaba el cerrajero—; desprecio el oro y la plata; no quiero más que mis hijos.

Entonces los enanos se le acercaron amistosamente, y le dijeron:

—Puesto que estás curado de tu ambición, llévate a tus hijos, y además, como recuerdo nuestro, estos brillantes, que te aseguran una posición desahogada. Socorre a quien puedas, educa a tus hijos en el amor de Dios, y no olvides que es maldita toda riqueza que no procede del trabajo honrado.

FIN



# ANITA BUEN- CORAZON





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



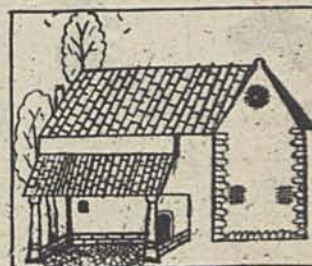
Un estudiante  
Victor Andresco



El sereño de mi barrio  
José Ibáñez



Don Turu  
Solita Llorente



Casa de don Turu  
Fernando de la Flor



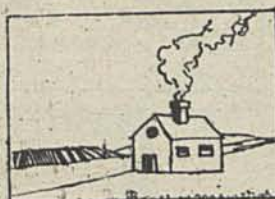
El Rey tontolín  
N. Moya



Globo de Currinche  
Gabriel Rubio



Crucero.—Paco Pino



Casa de Peones camineros  
J. Berriatúa



Es mi hombre.—Antonio de Solís



Mi amigo Pinocho  
Lola Ortiz



Un acorazado.—G. Babé



Semana Santa en mi pueblo.—Luis Tablada y Rocher



De paseo  
G. Alegre



Mi primo  
Claudina Rodríguez



Mi retrato.—Quelita Artieda



¡Qué dicha!—J. H. F.



Paris. Arco del Triunfo  
Alberto Rubio



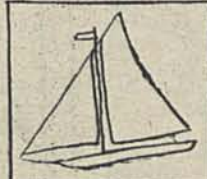
La casa Pinocho.—Oscar del Olmo



En busca de oro  
B. Espinosa



Costas  
Bernardino Espinosa



Un velero.—Luis Parras



Un mejicano  
Andrés Ruiz de la Rosa



Un volcán.—J. H. F.



El coche de Pinocho.—G. G.



Don Turu  
A. Aramburu



El vencedor  
Esperanzita Navarro



Mi pelota.—M. C.



Pinocho aviador.—Juan F. Argudín





Pareja  
M. G. García



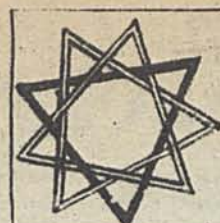
Siluetas.—Margarita G.



Pinocho sentado.—J. A. Herrera



Un ratón  
Mary Elía Sancho



Triángulos enlazados  
Cecilio Callejo



Rosita  
Gloria Lunar



Mi perro.—Vicente Yáñez



Una cateta.—Fernando Rubio



Cabeza  
Odón Moles



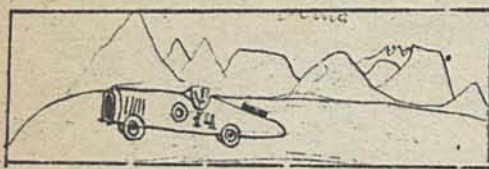
Pinocho  
Purita Hergueta



El cobrador fill.—Enrique Glenn H.



Miguel Cervantes  
Alfonsito Soto



Una carrera.—Juanito de la Serna



Casa de Tin y Ton.—Luis Sancho



El alcázar de Segovia. Antonio de Andrés



Un tranvía  
Carmen Díaz



Un mejicano  
Pedro Díaz



Un domador  
Luis Pino



Poniendo la «radio»  
Un desconocido



Paisaje valenciano.—Santiago Puga



Mi automóvil.—Esteban Santis



Currinche  
Ovidio Martínez



Retrato  
Maria Sesma



Magaly.—María García



Mi amiga Manola  
Remedios Gómez



Una niña  
Eulalia Garriga



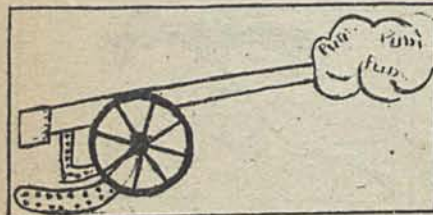
Pelayo  
R. Salvo Toledo



Mariposa  
Juan Mayor



Una mandarina  
Jaimito Klapp



Un cañón.—Fernando Garcimartin



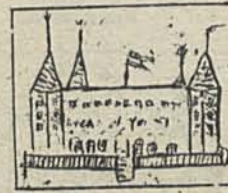
Centauro y pez  
Ramiro García



Repollo  
Ramiro García



Parador de Gredos.—L. V.



Alcázar R. Salinero



Cabeza  
Sermán Ramírez



Capitán Repulgo  
Ramiro García



Bromistas burlados.—Martín Uría



Torero.—P. Carazo



El pájaro  
bobo  
E. Avazuela



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



## EL ESTANQUE

En un estanque de California se encontraban un pez, una rana, un pato y...

**CUPÓN** DE SOLUCIONES DEL MES DE ABRIL 320

Envío del Pinochista D. ....

.....

.....

.....

¿Pero no veis al otro animal?

¡A buscarle inmediatamente, pinochistas!

## LOS DIEZ TRIÁNGULOS

¿Sabeis por qué os ofrece ese gato un lápiz?

Para que intentéis dibujar, trazando solamente siete líneas y aprovechando las dos que veis en el dibujo, diez triángulos completamente iguales.

Coged, pues, el lápiz que tan gentilmente os ofrece ese precioso Mici-fuz, y a calentaros la mollera hasta dar con la solución, que el gran Consejo Pinochista sabrá apreciar en lo que valen vuestros esfuerzos y recompensará con alguno de sus formidables premios al que mejor se porte.

Adiós. Hasta el domingo.

¡Qué tristes son las despedidas!





# Sección Pirula



Charles de Pirula... astrónoma  
y bordadora

Estrellas del cielo y  
estrellas de lana

¡Menudo trastazo se acaba de dar Pilarín contra una puerta y menudo chichón se ha hecho en la frente! Ya supondréis que ha visto las estrellas. Bueno, pues eso es lo peor, que no las ha visto. Eso de «ver las estrellas» no pasa de ser un decir. Si fuera de verdad, si cada vez que se da uno un golpe viera las estrellas, sería tan divertido que podría perdonarse el bollo por el coscorrón... y por el chichón. Claro que no se trataría de ver las estrellas tal como las vemos cuando levantamos la cabeza hacia el cielo estrellado; porque así total vemos muy pocas y muy mal. Como que si nos ponemos a contar las estrellas que vemos a simple vista, ¿sabeis cuántas son? Pues seis mil.

Y seis mil estrellas no es nada comparadas con las que hay realmente... que por cierto nadie sabe cuántas son. Porque los astrónomos, que son esos señores que miran el cielo con unos tubos muy largos, llamados telescopios, han conseguido ver así, y contar hasta ciento veinte millones de estrellas. Pero están seguros de que hay muchas más, ahora que no las distinguen ni con los más fuertes cristales, porque están demasiado lejos de la Tierra. Las que vemos, nos parecen puntitos plateados ¿verdad? Bueno, pues ya sabeis que no son puntitos puesto que son enormes, muchas de ellas millares de veces más grandes que la Tierra. Y en cuanto a plateadas, tampoco lo son.

¿A que no sabeis el color de las estrellas? ¡Toma! Como que las hay de todos los colores; unas son verdes, otras amarillas, o rojas o azules. Vamos, como pelotas de colorines que estuviesen dando vueltas en el aire. Hay una estrella que está muy cerca de nosotros, al lado como quien dice; tan cerca está que si quisiéramos ir a darnos una vueltecita hasta alcanzarla, tomando un auto que recorriese sesenta kilómetros a la hora, no tardaríamos más que doscientos ochenta y tres años en llegar.

Ahora que tampoco podríamos llegar hasta esa estrella, porque mucho antes de llegar nos abrasaríamos, nos convertiríamos en vapor puesto que esta estrella, como todas las estrellas, es una bola de fuego.

¿Sabeis cuál es esa estrella que está tan «cerquita» de la tierra? Pues es el sol, sencillamente. Porque el sol es una estrella como las demás; mejor dicho, todas las estrellas son soles como el que nos alumbra.

Y si nuestro sol le vemos como le vemos, y nos alumbra y nos calienta como lo hace y sin embargo está distante de nosotros ciento cuarenta y nueve millones de kilómetros, ¿a qué distancia tendrán que estar los demás soles o sea las estrellas para que solamente las veamos—las que vemos—como puntitos plateados?

A veces, hay estrellas que se rompen; unos trocitos suyos (que serán cada uno cientos o miles de veces más grandes que

nuestra Tierra), tropiezan en el espacio con otros trocitos de estrellas y se producen a consecuencia del choque, incendios formidables. Estos incendios, nosotros los vemos como puntitos plateados, y como si una nueva estrella apareciese en el cielo y desapareciese luego. Ahora que nosotros no vemos la nueva estrella en el mismo momento en que aparece porque como está tan lejos su luz tarda bastante en llegar hasta aquí. Sin duda, no ignorais que recorre una distancia de trescientos mil kilómetros por segundo; pues bien, corriendo con esta velocidad, la luz del sol nos llega en ocho minutos y diecisiete segundos pero la luz de las demás estrellas tarda años y hasta siglos! en llegar a la tierra.

Así es que hoy podemos estar viendo en el cielo un punto plateado que es un incendio de estrellas que ha tenido lugar en tiempos de Carlos V.

¡Y pensar en lo pequeña que resulta una Pirulinda en una calle de una ciudad, de un país de esta tierra que es tan chiquitina, comparada con cualquiera de los incontables millones de soles que hay en el cielo!

¿Verdad que hay para marearse? Pero también hay para consolarse pensando en el tamaño insignificante del chichón que acaba de hacerse Pilarín y que le parecía enorme; y si el golpe no le ha hecho ver las estrellas al menos la ha permitido enterarse de algunas de sus particularidades.

¡Ah! y además le da ocasión para bordar un nuevo motivo que hoy os presento y que consiste en unas estrellas que, como veis, pueden bordarse de diferentes maneras.

El bodoque central puede hacerse a punto de nudo y los picos al pasado con algodón o con lana fina; las Pirulindas que no sean muy expertas en bordado, pueden limitarse a bordar los contornos a punto de cadeneta o de pespunte.

